



E L D I A

E N Q U E

S E

P R O H I B I E R O N



L O S

B E S O S

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1481-2021

ISBN: 978-84-1104-277-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Borja Puertas Aguilera

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Carlos López-Ochoa Aledo a partir de imágenes de pexels.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A Ángeles Aledo López, Angelines, mi mujer, el amor de mi vida.
El primer y el último beso de cada día.*

*A Javier Ramos Cascudo, Javi, por sus palabras,
por su humildad, porque hablar con él es como viajar.*

*A Carlos López-Ochoa Aledo, Carlitos, por su portada,
por sus consejos y por su infinita paciencia.*

1. Abandonado por un tipo más guapo

Alejandro

El día en que se prohibieron los besos desperté con la sensación de caer al vacío. No, miento, estaba recién despierto cuando ocurrió. Recién despierto, pero sin ser consciente aún de una realidad a la que no me acababa de acostumbrar a pesar de que ya habían pasado bastantes meses en mi nueva situación. Seis meses y aún dormía agazapado en el lado derecho de la cama. Seis meses despertándome con la sensación de que se me vaciaban de golpe los pulmones. Era como bajar a gran velocidad montado en el primer vagón de una montaña rusa. ¿Sería una señal? ¿Era el presagio de algo que ya estaba ocurriendo? Mi vida, mis sueños, mis proyectos, ¿se hundirían como los vagones de una atracción de feria?

Alejandra me dejó por un tipo más guapo después de ocho años de relación. Ocho años despertándome a su lado y ahora, con los dolores fantasma de quien ha perdido un brazo, o una pierna, despierto cada mañana pensando que sigue a mi lado. Abro los ojos y luego, ya sabéis, viene la caída, la asfixia.

Tiene que ser más guapo que yo, si no, no entiendo nada. Llevo mucho tiempo pensando qué es lo que hice mal. Ella no me lo dice.

—No es por ti, es por mí —y se queda tan tranquila.

Como si soltar ese tópico fuera a aliviar la presión que sentía durante meses cada mañana en el pecho.

–Mira, qué alivio, pensaba que era por mí, ya me siento mejor.

No tiene sentido, pero sirve para zanjar el asunto. Es como decir: *«mira guapo, no te comas la olla, no tienes nada que hacer. Adiós»*.

Despertar era lo peor. El resto del día pasaba a ser más soportable y a partir de las doce la cerveza se empezó a convertir en el mejor de los antidepresivos.

Bueno, ahora que sabéis como me sentía, puedo comenzar esta historia.

¿Por dónde iba?, ah, sí: el día en que se prohibieron los besos –suena fuerte, pero fue así–, después de tomar mi «cervecita terapéutica» decidí que había llegado la hora de hacer algo con mi vida sentimental y encontrar a una persona que me ayudara a empujar el vagón de mi montaña rusa a lo más alto del parque de atracciones para así disfrutar de unas vistas increíbles.

Pocas cosas sensatas me había dicho mi madre desde la separación. La más acertada fue que no sé estar solo.

Como no veía la tele, y apenas me relacionaba con gente, tenía poca información sobre el dichoso virus que nos tuvo encerrados más de dos meses.

Encendí mi ordenador y decidí llevar a cabo la tarea, recomendada por un gran compañero y amigo del trabajo, de buscar algo parecido a una pareja por internet.

Jamás pensé que seleccionar una foto de perfil iba a ser algo tan arduo. En las fotos en que me veía guapo parecía un «chulo piscinas». Intenté hacerme una foto con un aire más intelectual. Con mis gafas y delante de la biblioteca de mi casa. Me propuse que se vieran bien los títulos más interesantes: libros de poemas que nunca leí, novelas de más de mil páginas. Si hubiera dispuesto de un tomo del Quijote seguro que habría ocupado un sitio privilegiado en el bodegón cultural que acababa de montar. La foto fue pésima; parecía un «papanatas cultureta». Algo parecido a los decorados que los periodistas confinados utilizaron más tar-

de para opinar sobre las gestiones del gobierno desde sus casas. Así que esa foto pasó a hacer compañía al «chulo piscinas» en la papelera de reciclaje de mi ordenador. Al final recorté una foto en la que estaba en un restaurante con Alejandra. Se me veía inmensamente feliz y no estaba especialmente feo. He de decir que no me gusta sonreír en las fotos. Cuando sonrío mi boca adquiere un rictus horroroso, me brillan los pómulos y los ojos se me cierran. Salgo muy feo. Pero en esa foto no, quizás porque realmente estaba sonriendo y no lo fingía. Además, se me ve feliz, porque fui inmensamente feliz, aunque el despecho me impida reconocerlo.

Una vez seleccionada la foto de perfil llegó el turno de dar mis datos personales; aquí otro dilema. ¿Qué hace la gente en estos casos? Mi primera opción fue la de ponerme un apodo que resultara interesante, algo que mostrara mi afición por el cine, la música y la lectura. Pero no debía ser un apodo muy común tipo «El Hugh Jackman Español» –¡¡qué horror!!–, sino algo más sutil como un personaje, no principal, de una novela o película de culto. Veinte minutos después puse mi nombre real: Alejandro Rodríguez Márquez. Sí, ya sé que estáis pensando: ¿Alejandro y Alejandra? Pues eso. Pero ya es pasado y el nuevo Alejandro, dos cervezas más tarde, había decidido dejar de ser el pusilánime despechado para convertirse en el chico risueño y divertido que un día fue aplastado por una losa cargada de frustraciones y que a partir de ese momento resurgiría de sus cenizas como el «Gato Félix». Sé que es una tontería, pero cuando lo leí en Twitter me hizo bastante gracia.

Casi una hora y tres cervezas después de emprender esta aventura, la foto y el nombre ya estaban listos. Lo de poner la edad no me costó trabajo. No me avergüenzo de tener cuarenta y cinco años. Aunque suene presuntuoso creo que estoy estupendo. Al menos bastante mejor que mi yo de veinte años: un niño desaliñado con la cara plagada de granos que aspiraba a parecerse a Kurt Cobain.

Pues con la edad lista tocaba ahora la parte complicada de la labor: la descripción personal. La verdad, en estos casos uno no sabe cómo empezar, menos mal que «San Google» hizo su magia y me dio una serie de consejos para que mi descripción llegara a los corazones de las almas solitarias que vagaban por los cables de fibra óptica en busca de un poco de compañía.

Después de darle mil vueltas decidí empezar el saludo inicial con un «hola». Algo sencillo, directo, fiel reflejo de mi personalidad. «Hola», qué palabra tan sencilla. ¿Sabíais que esta palabra viene del griego y significa «estoy sano»? ¡Estoy sano! Bueno, todo lo que se puede estar después de haber sido humillado, abandonado, defenestrado, etc. Todo lo saludable que se puede estar después de haber pasado seis meses alimentándome a base de cervezas y patatas fritas de bolsa –creo que eso no lo voy a poner.

Hola, soy Alejandro, un joven de cuarenta y cinco años en busca de un alma gemela que quiera disfrutar de la vida y que no se coma la cabeza con gilipolleces tonterías.

Me gusta la música, pero sobre todo Van Morrison. El cine, soy muy fan de las películas de Almodóvar. El teatro, el de verdad, el de siempre, no las gilipolleces tonterías subvencionadas que se hacen ahora sin apenas decorado con actores «aullando» un texto, que no tiene sentido, a un escaso público que no sabían dónde se metían cuando recibieron su invitación. Y leer, sobre todo leer. Me encantan las novelas que tratan los sentimientos de las personas, personajes con los que me pueda sentir identificado de alguna u otra manera. Esto me ayuda a sentirme menos miserable. Odio los personajes idealizados, que lo hacen todo bien, que son buenas personas y en las que no hay una pizca de rencor. Éstos me hacen sentir mal. Por eso me encanta el cine de Almodóvar, porque sus películas tratan sobre personas de verdad con sus mierdas, que también son mis mierdas; gente que sufre de verdad, que fracasa, que se vuelve a levantar, como yo, que trato de levantarme del fondo del pozo que he ido cavando día tras día.

No me gusta el fútbol.

Busco una chica, en fin, soy heterosexual, no me avergüenza reconocerlo: «I am what I am». Una chica madura, de mi misma edad, que tenga experiencia en la vida, que haya experimentado el fracaso, al igual que yo, a la que no le importe reconocerlo ni hablar de ello. Alguien con quien compartir historias, canciones y lecturas. Una chica que sonría de verdad y sobre todo a la que le brillen los ojos cuando lo haga.

Abstenerse amantes del fútbol.

Pues listo, mi perfil completado. Como comprenderán, decidí obviar el tema del sexo porque, además de que últimamente me las apañaba bien solo, había cuestiones que me iban a aportar más satisfacciones en estos momentos de mi vida.

Con el alma en un puño lancé mi propuesta a las redes. Tenía la esperanza de ser contestado pronto. Acto seguido tiré el culo de cerveza caliente que quedaba en el fondo del botellín y me abrí otra bien fresquita que me supo a gloria debido a la tranquilidad que aportaba el trabajo bien hecho.

En este juego de encontrar pareja por internet hay varias opciones. Puedes lanzar tu propuesta y esperar a que alguien te conteste o simplemente marque que está interesada en ti, o ir revisando perfiles para ser tú el que, disculpadme la frivolidad, salga a cazar a la presa. El problema de salir a cazar es que corres el riesgo de ser rechazado, algo bastante contraproducente debido a mi situación. Recuerdo: abandonado hacía unos meses en favor de un tipo más guapo. Decidí esperar a ser cazado. Esta vez necesitaba que alguien me buscara, que tuviera interés por mí sin ser yo el que forzara las cosas.

Como no solía, mejor dicho, casi nunca me apetecía desayunar más que un café americano, el hambre me indicó que ya serían las dos o las tres de la tarde. Me dirigí a la cocina y preparé unos deliciosos macarrones con tomate de cartón. Al echar un vistazo

a la cocina y ver los platos acumulados tomé la sabia decisión de que ese fin de semana haría una limpieza general y ordenaría mis horarios con una serie de rutinas que me sacarían de la mierda en la que me había sumergido. Y más ahora que empezaban las vacaciones de Semana Santa y no tenía obligaciones.

Mientras se cocían los macarrones hice una especie de horario que quedó de la siguiente manera:

- **8:00h** Despertador.
- **de 8:00h a 8:15h** Revisar desde la cama el teléfono (e-mails, redes sociales, ver la última hora a la que se conectó mi ex en WhatsApp, poner algún tiritito en el Facebook tipo «*por fin puedo ser quien quiero ser*» o uno que me encanta de una canción de Serrat «*no me pidas que me suba a un taburete, si quieres probaré a crecer*»). En fin, quitarme un poco el mono del móvil que, ya sabéis, engancha más que la peor de las drogas.
- **de 8:15h (seamos sinceros, a las 8.45 seguiré enganchado al teléfono) 8,45h a 9,15h** Aseo, pero aseo de verdad, una buena ducha, un buen afeitado y los dientes bien cepillados, bueno, el tema de los dientes lo dejamos mejor para después del desayuno. ¿Os habéis fijado que en las películas americanas la gente se lava los dientes antes de desayunar? Luego llegan a un comedor, repleto de croissants, huevos revueltos, beicon, cereales, dos o tres jarras de zumo de naranja. Por Dios bendito, ¿a qué hora se levanta esa señora para preparar semejante bufet? Y digo señora porque siempre es la mamá a la que le toca. Luego no vuelve a aparecer hasta la hora de la cena, en la mayoría de los casos con un pavo encima de la mesa que lleva cocinando todo el día. Pero lo peor de todo no es eso, lo peor es cuando salen corriendo con la taza de café, el marido, y una pieza de fruta, los niños, porque tienen mucha prisa. ¿Qué hace esa pobre mujer con tanta comida? ¿Rellenará el pavo de la cena con los restos del desayuno? En fin.

-
- **de 9,15h a 10:00h** Desayuno, ligero. Y mientras me lo tomo ver una serie cortita tipo *Modern family* o *Big bang theory*. Me encanta *Cómo conocí a vuestra madre*, pero prefiero verla por la noche.
 - **de 10,00h a 12,00h** Cepillado de dientes y paseo por la playa. El *running* lo dejaremos para más adelante no vaya a ser que me dé una muerte súbita por forzar demasiado las cosas.

En lo que estaba imaginando mi paseo por la orilla del mar escuchando el *Astral weeks* de Van Morrison suena la melodía de la película *Tiburón* en mi teléfono. Saben cuál es ¿no? Mamá aparece en la pantalla. No me juzguéis, pero desde que me separé, mi madre no ha cesado ni un solo día en la tarea de hacerme sentir culpable por haber dejado escapar a una chica tan estupenda como Alejandra.

—¡Que yo no la he dejado escapar mamá!, que se ha ido con otro (más guapo) —le repito cada día.

—Bueno, eso son cosas que pasan, si hubieras estado más atento. Ya te dije que eso de salir con amigos diferentes no es bueno para la pareja —insiste la que acompaña todos los días al bar a mi padre a ver el fútbol con sus amigotes (modo irónico *on*). Y así iniciamos una conversación estúpida que siempre termina con un: «mamá, tengo una llamada en espera, te cuelgo que a lo mejor es Alejandra que quiere hacer las paces».

Mi madre se lo creyó la primera vez, las siguientes veces se ofende y me cuelga. Por desgracia la ofensa no le dura más que veinticuatro horas y al día siguiente vuelve a la carga con la misma cantinela.

De ahí viene el asignarle la melodía de *Tiburón*: cuando sueñan los primeros acordes es mejor ponerse a salvo. Ni un solo día me ha preguntado cómo me siento, o si necesito algo. Pero ese día su intención no era atacarme con mi fracaso sentimental.

Mi madre me llamaba para informarme, mejor dicho, para preguntarme si me había enterado de que habíamos entrado en el

dichoso estado de alarma y que íbamos a estar confinados mínimo quince días. Además, insistió encarecidamente en que no lo pasara solo y que me fuera a pasarlo con ella y con mi padre –que no tenía más vida que el fútbol–. Rechacé la propuesta de mil formas posibles: ni loco me metía en esa casa. Sería como bañarse en las playas de *Amity Island* el verano del 75. Rehusé la oferta de mi madre que no cejó en su intento hasta que le dije que prefería quedarme en casa por si Alejandra decidía volver y arreglar las cosas durante el confinamiento. Mi madre entendió la indirecta e indignada colgó –veinticuatro horas más de relax.

Puñetazo de realidad en la boca del estómago. La llamada de mi madre me puso otra vez los pies en la tierra. La sensación de estar flotando en una nube, provocada por las más de cuatro cervezas que ya llevaba en el cuerpo, se esfumó y yo, como el perrito que sigue a su amo, volví, sumiso, al fondo del pozo, del que en realidad nunca había salido.

Pese a que el hambre había desaparecido comí, por hacer algo, los macarrones con salsa de tomate de cartón que había preparado.

Entre cucharada y cucharada (en realidad usaba un tenedor, pero no sé si se puede decir tenedorada) –ahora que juego a ser escritor tengo que cuidar esos detalles–; pues eso, entre cucharada y cucharada de macarrones, que comía con desgana, me dio por pensar en lo maravilloso que hubiera sido quedarse en casa confinado con Alejandra. Con la de antes, no con la cabrona que me puso los cuernos con uno más guapo –mi corrector me dice que no se puede decir cabrona, quizá sea porque el cornudo fui yo.

La sensación de abandono, que curiosamente era la única que no me había abandonado en los últimos meses, se hizo cada vez más presente y al cabo de una hora ya me encontraba tirado en el sofá mirando al infinito con un nudo en la garganta. Mi casa, esa que iba a ordenar y a limpiar seguía con la cama sin hacer, la cocina sin recoger y el ambiente del salón, bueno, os lo podéis imaginar. El día que limpié la tele descubrí que no necesitaba

gafas. Mi estado anímico, como pueden imaginar, no era mejor que el de mi casa.

Aquel día todo el mundo se volvió un poco loco y como la instrucción era quedarse en casa, la gente salió en tropel a arrasar los supermercados. Yo, aunque solo me quedaban cinco cervezas en la nevera, decidí seguir la orden quedándome en casa. En realidad, hacía tiempo que no salía más que para lo imprescindible: trabajar, comprar cerveza, visitar a mi madre una vez a la semana para que me recordara lo desgraciado que soy. En fin, esas cosas.

Se habrán fijado mis queridos lectores que menciono poco o nada a mi padre. No es que haya muerto, o haya abandonado a mi madre —que supongo lo habría hecho hace tiempo si no le hubiera resultado un esfuerzo extra en su autoproclamado estado «vegetativo»—, más bien es como un mueble colocado estratégicamente frente a la tele cuyo único síntoma de vida es asentir y corroborar todo lo que dice mi madre con un pequeño gruñido.

El caso es que ahora tenía la excusa perfecta para hacer todo lo que me apetecía, que era: NADA.

Fue tan hondo que me sumí en mi desgracia, que olvidé por completo la aventura de buscar pareja que con tanta ilusión había emprendido aquella mañana.

Pasé el resto del día mirando al techo desde el sofá y no recuerdo bien cuándo ni cómo me metí en la cama dando por concluido el que puede que fuera uno de los días más importantes de mi vida.

Al día siguiente
10,00h

¡A la mierda mi horario! Desperté a eso de las diez de la mañana y porque me estaba meando. Medio dormido me dirigí al baño y debido al cansancio meé sentado –eso es tener energía por la mañana–. Habían pasado más de diez minutos desde que había terminado de echar el primer «chorrito» de la mañana y seguía sentado en el váter mirando el móvil. Bueno, en realidad estaba espiando el perfil de Facebook de Alejandra y pensando algún tiritito sutil que poner para que se diera por aludida. En esto que veo la notificación. La aplicación de contactos me indicaba que tenía un mensaje. Justo cuando me disponía a abrirla me doy cuenta de un pequeño detalle: estoy sentado en el váter. ¿Sería capaz de tener una primera cita con la que podía ser la mujer de mi vida desde el váter? Aunque el ansia y la curiosidad me carcomían, decidí darme tiempo y tener el primer contacto una vez aseado y vestido. Parece una tontería, solo iba a leer un mensaje, no habría ni contacto visual y mucho menos físico, pero necesitaba recuperar un poco de la dignidad que había perdido en los últimos meses.

Así que, aunque con retraso respecto al plan establecido, me di una buena ducha, apuré bien mi afeitado, me vestí de guapo y, después de desayunar, me senté frente al ordenador a tener lo que iba a ser mi primera cita después de tantos años:

Hola Álex, ¿te gusta que te llamen Álex? No sé, suena divertido, y para un joven de cuarenta y cinco años Alejandro parece demasiado serio. Es broma, no me juzgues por ésto.

Me presento: mi nombre es Ana, soy una joven «madurita interesante» de cuarenta y siete años. Un poquito mayor que tú, pero solo un poquito. Espero que este pequeño detalle no suponga un problema.

Vivimos bastante cerca, o al menos eso dice la aplicación. Me da bastante vergüenza decirte que es la primera vez que recurro a esto, no porque no sepa utilizarla, sino porque seguro que es lo que dice todo el mundo para no parecer desesperado. Sinceramente, no sé si es desesperación o no, pero necesitaba conocer a alguien nuevo que no se compadeciera de mí por lo que he vivido estos últimos años y como tú parece que has fracasado, igual cambian las tornas y acabo siendo yo la que se compadezca de ti. Ya me contarás esa historia tan horrible. No te enfades conmigo, parece que me estoy riendo de ti, pero es que en realidad soy así. Como dice mi psicóloga, es la coraza que me he puesto para no mostrar mis verdaderos sentimientos.

Fueron mis hijos los que me animaron a buscar a «alguien» por internet (lo de buscar «pareja» me suena un poco raro así en frío). Bueno pues ya lo he soltado, tengo dos hijos: un niño y una niña estupendos. Son ya mayores y no viven conmigo, pero para mí siempre serán mis niños. Creo que ahora mismo voy a ser capaz de entrar en tus pensamientos: ¿y el padre?, te estarás preguntando. ¿A que acerté? El padre fue el amor de mi vida y murió hace dos años: ese es mi «fracaso» (ya hablaremos de eso más adelante) y lo que ha marcado lo que ha sido mi vida estos dos últimos años. Buenos amigos que pasaron a ser conocidos que durante dos años me han ofrecido su ánimo y consuelo sin que yo se lo pidiera. Siempre que me los encuentro, porque ya no quedo con ellos, ahí están mirándome con esa carita de pena como si yo fuera la única en el mundo que ha perdido a su marido.

Alex, no te compadezcas de mí, te lo pido por favor. Estoy cansada de esas caras y de esas muestras de ánimo. Necesito todo lo contrario. Quiero ser feliz sin sentirme culpable, que han pasado ya dos años y la vida va tan rápida... Por eso te he elegido entre cientos de degenerados (es broma). Creo que eres sincero, que tienes tus propios problemas (ya me contarás) y que esto va a hacer que los míos no parezcan tan... no sé cómo decirlo ¿graves? ¿traumáticos?

Me encanta la foto que has puesto. Viéndote he tratado de imaginarte mirándome con carita de pena, esa que estoy deseando dejar de

ver, y no lo he conseguido. Tú no me vas a mirar nunca así, ¿verdad? Si esa es la foto que has elegido supongo que no serás muy guapo (perdona mis bromas), pero tienes algo, no sé, me gusta. Te has descrito muy bien y me encanta que te gusten la música, los libros, el cine y el teatro. A mí también me encantan esas cosas, pero no encuentro tiempo para disfrutarlas. Ya me contarás tu secreto.

Venga, que ya me he animado, voy a pasar a enumerarte mis gustos. Cine: mis películas favoritas son «Cuatro bodas y un funeral», «Notting Hill» y «Love actually» (jamás me cansaré de ver «Love actually»). Sí, sé lo que estás pensando, todas con Hugh Grant. Ciertamente es bastante guapo, con esos ojos de perrito abandonado pidiendo un poco de cariño. Pero no, no es por él. Me gustan esas películas, sus argumentos, su banda sonora, la naturalidad del «humor inglés». Si ésto cuaja tenemos que hacer una sesión de «Love actually» con vino y palomitas. Hablando de palomitas, me encanta su olor cuando entro al cine. No soy capaz de imaginar un cine sin ese aroma, no sé, es ese tipo de cosas que no se pueden desligar como... joder, ahora no se me ocurre nada. Digo muchos tacos, no puedo evitarlo, así que si quieres que esto prospere tendrás que asumirlo.

Música. He de confesarte un secreto, no tengo ni puta idea de quién es Van Morrison, pero no te preocupes que mañana por la mañana, en cuanto me levante, lo busco en Spotify y me pongo a ello. Me gustan los cantautores de habla hispana: Serrat, Silvio, Aute... pero sobre todo Joaquín Sabina. También disfruto mucho con la música de Los Secretos, sus canciones me han ayudado bastante en los momentos más difíciles.

Con respecto al teatro, me encanta. Si la cosa funciona, vamos a disfrutar mucho yendo al teatro. Voy absolutamente a todo lo que programen, incluso a esas obras de mierda donde los actores aúllan textos incomprensibles (me ha encantado tu descripción). Me gustan las buenas historias, pero lo que más me sorprende del teatro es la interpretación de los actores. Es por ésto por lo que, siempre que puedo, me siento en primera fila para así no perder detalle de los gestos, las

lágrimas, las gotitas de salivilla que salen de sus bocas cuando la fuerza de la interpretación les hace perder el control de las palabras. Eso solo se puede ver desde la primera fila. Te sorprendería saber lo fácil que es pillar asientos en primera fila en un teatro. La gente tiene la extraña idea de que desde tan cerca se perciben peor las cosas. Ocurre todo lo contrario, pero guárdame el secreto.

Bueno Álex, eso es todo, que habrá que dejar algo para la segunda cita. Lo dicho, que espero ansiosa tu respuesta.

P.D. Por el fútbol no te preocupes que, aunque me tuve que hacer del Real Madrid (todo gracias a la insistencia de mi hijo) no soy lo que se dice «amante» de ese deporte ni de ninguno.

Me quedé un rato mirando a la pantalla del ordenador intentando procesar lo que acababa de leer. ¿Álex?, odio que me llamen Álex, es un detalle que tengo que solucionar si quiero que esta nueva relación progrese adecuadamente. Suena divertido, sí, pero yo no quiero ser divertido. ¿Permitiría el gran Alejandro Magno, rey de Macedonia, hegemón de Grecia, faraón de Egipto y gran rey de Media y Persia, que lo llamaran Álex? ¡Jamás!

Decidí analizar su foto de perfil. Resulta demasiado frívolo, pero no tenía nada que hacer y me podía servir de ayuda para conseguir la inspiración necesaria para una respuesta digna.

Rostro perfectamente ovalado. Cabello rubio platino y corto por detrás. Raya al lado y en la parte frontal un gran tupé recorriendo toda su frente. Bonito peinado. La piel ligeramente morena en contraste con el color rubio del cabello. No distingo bien el color de los ojos en la foto, pero parecen ligeramente azules o verdes, nada intenso. La mirada, algo tan importante para mí, podría decirse que era perfecta. Tenía ese brillo en los ojos que tanto me gusta. La forma de sus ojos denotaba inteligencia, madurez. Esa mirada decía algo así como –me gustas, pero aún no estoy locamente enamorada de ti –de momento me conformaré

con ese «me gustas». Su nariz, a pesar de tener rasgos latinos, no era demasiado grande y encajaba perfectamente con el resto de su rostro. Pero lo mejor de todo: su sonrisa. Estaba sonriendo, sí, pero lo hacía de manera natural. La boca ligeramente abierta dejaba ver una pequeña parte de sus dientes. Sin ningún tipo de mueca, ni arrugas en los ojos –¿habría recurrido a Photoshop?–. Una sonrisa perfecta. Se trataba de un retrato en el que solo se le veía la cara, así que no pude hacer el análisis de un cuerpo que, imaginé, estaría en consonancia con lo que decidió mostrarme en esa primera cita.

Quitando el asunto de que me llamara Álex y que no tuviera ni idea de quién era el mejor cantante que ha pisado la faz de la tierra, el resto de lo que me contó me gustó bastante. Quizás en otra época, cuando conocí a Alejandra, me hubiera importado eso de que ya tuviera hijos o que fuera viuda. Los que tenéis mi edad sabéis que en aquella época nos educaban para formar una familia «perfecta». A saber: un hombre y una mujer –la mujer siempre más joven que el hombre y a ser posible virgen hasta el matrimonio– que se casan por la Iglesia y tienen un mínimo de dos hijos. Si son niño y niña, mejor. Y eso que a los veinte años nos creíamos muy liberales. Pero la educación está ahí, latente, como un Pepito Grillo que te insinúa cosas al oído y te inyecta tu buena dosis de vergüenza y remordimientos cuando te sales del camino «correcto». Lo que «ellos» llamaban y aún siguen llamando «moralidad».

Sentí mucha vergüenza cuando Alejandra me dejó. Lo mantuve en secreto durante semanas. Lo habría mantenido más si la cosa no hubiera sido ya evidente. Ahora, con el paso del tiempo, me doy cuenta de que las cosas ocurren porque ocurren y que la familia «perfecta» no existe. O al menos no es tan «perfecta» como nos la venden en la películas o novelas románticas. Por eso las odio. Me hicieron sentir culpable en un momento en que necesitaba toda la valentía disponible.

¡Pues parece que ya tenemos ganadora! Sí, aunque fuera la única que se había presentado al concurso de conquistarme decidí hacer caso al destino y marcar la casilla que indicaba que ya no estaba disponible en la aplicación. Ana... Anita, sí, esa sería mi venganza por lo de Álex. Me gustaba de verdad. Su seguridad al escribirme, su verdad, sus gustos, su «fracaso», pero sobre todo su forma de pedirme que no me compadeciera de ella fueron la chispa que necesitaba para salir del pozo y recuperar la ilusión por seguir viviendo. Tenía que quedar con ella.

Como ya habrán imaginado mis queridos lectores, en aquellos momentos obvié un detalle bastante significativo que podía afectar al desarrollo de mi plan para conocer en persona a Ana: ese maldito virus que nos tuvo encerrados más de dos meses.

Fue cuando me dirigí a la cocina y vi el desastre —la cocina llevaba semanas sin recoger. Pero lo verdaderamente traumático: NO QUEDABAN CERVEZAS—, que fui consciente de la verdadera situación: hasta dentro de quince días no podía quedar con Ana para así iniciar mi nueva vida. Aunque la reacción lógica hubiera sido desesperarse y maldecir una y otra vez mi mala suerte, tomé una decisión madura. La primera en mucho tiempo. Sería optimista: aprovecharía esos días para poner en orden mi vida, mi casa, mi mente y mi cuerpo —que también había padecido lo suyo fruto del maltrato alimenticio al que lo tenía sometido.

Batida de Limpieza **12,30h**

Primera misión: dejar la casa impoluta.

Empecé por mi dormitorio. En primer lugar, abrí las persianas y las ventanas y dejé entrar la luz de un precioso y soleado día de domingo. Las calles, obviamente, estaban desiertas, pero por suerte la tienda de Mariano, mi proveedor de cerveza particular,

estaba abierta y parecía que no había mucha gente comprando. Más tarde haría la visita a Mariano, que, sorprendido, sería testigo de mis nuevos hábitos alimenticios.

Decidí lavar las sábanas y poner las de repuesto que aún estaban sin estrenar —en un ataque de despecho tiré todas las sábanas cuando se fue Alejandra y compré dos juegos: uno, el que estaba puesto y dos, el que acababa de estrenar seis meses después.

Recogí la ropa, ordené los armarios, quité el polvo, pasé la aspiradora y la fregona. Casi una hora después dejé el cuarto listo.

He de decir que disfruté con la limpieza del cuarto. Tanto es así que olvidé un pequeño detalle: la música. Me encantaba escuchar música a todas horas. Opté por remediarlo y para mi siguiente misión, que sería la cocina, escuché una *playlist* basada en la conocida canción *I want to break free* de los Queen. Esa canción me encanta y me recuerda a cuando, en tiempos de estudiante, mi compañero de piso y yo limpiábamos nuestro cutre hogar emulando a Freddie Mercury.

Fue ese día cuando dejé de escuchar canciones tristes para dar paso a *hits* más alegres. Incluso me permití el lujo de dar unos pequeños pasos de baile mientras despegaba los macarrones secos de las cacerolas. Al *I want to break free* le siguió *Every breath you take* de Police, *Suspicious minds* de Elvis, *Stars* de Simply Red y decenas de canciones que había dejado aparcadas en el fondo de mi memoria y que ahora me animaban a seguir adelante.

Una vez terminada la limpieza de la cocina tocaba preparar algo succulento para comer —he de decir que eran ya casi las tres de la tarde y aún no había necesitado de la cerveza para seguir respirando. De todas formas, tampoco quedaba ninguna en mi triste nevera—. Con la nevera y la despensa vacía decreté que era la hora de hacer una visita a Mariano que, aunque más caro, disponía de todos los artículos necesarios para sobrevivir a la pandemia a apenas cinco metros de mi casa.

A las tres de la tarde y con el flamante virus acechando la ciudad, Mariano estaba en su tienda más solo que la una. Compré

cervezas –sí, ya sé lo que estáis pensando, pero esta vez las bebería por placer y no como cura para la depresión. Seamos realistas–, algo de fruta y verdura, hamburguesas, pechugas de pollo y agua. Me fui de allí con la compra realizada y un Mariano perplejo ante el nuevo Alejandro.

Preparé algo de comer y me senté a devorar mi saludable almuerzo y una deliciosa cerveza en el sofá frente a la tele. Para amenizar la velada –recuerdo que hacía bastante tiempo no tomaba una comida en condiciones– me puse un par de capítulos de *Los Simpson*. Siempre me gustó comer con *Los Simpson*, me acostumbré desde muy joven y es una tradición que respeto cuando puedo.

Finiquitada la comida y los capítulos de *Los Simpson* reanudé la limpieza de la casa. En primer lugar, fregué y sequé todos los platos con lo que la cocina volvió a estar impoluta. Puse algo de música y, más rápido de lo que esperaba, dejé como los chorros del oro el salón, el baño y la habitación que usaba como despacho.

Primera misión: completada.

Emprendemos la segunda misión: preparar una respuesta digna para Ana y comenzar a gestionar nuestros encuentros.

Como ya habrán podido comprobar mis queridos lectores, soy aficionado a la escritura: de hecho, me encanta escribir. No sé si lo hago bien o mal porque rara vez doy a conocer lo que escribo y no tengo opiniones. El caso es que en la escritura he encontrado una forma de expresarme y de liberarme de todos los pensamientos que me resultan tóxicos.

Una vez me dijeron que si quería escribir bien tenía que leer mucho. Algo así como el entrenamiento antes de emprender una carrera.

Siempre que voy a escribir algo tengo la norma de leer, al menos, durante media hora. Digo «al menos» porque en la mayoría de las ocasiones me sumerjo tanto en las historias que cuentan los que sí son buenos escritores, que paso horas enfrascado en la

lectura. Luego me pongo a escribir y no soy capaz de pasar de la media carilla.

Haría el mismo entrenamiento para escribir la respuesta de Ana. Cogí, por primera vez en mucho tiempo, la novela que estaba leyendo cuando me dejó Alejandra y la volví a empezar desde el principio.

No sé si fue el ambiente pulcro que había creado, el silencio y tranquilidad que se respiraba en las calles o el último disco de Van Morrison a un volumen casi imperceptible, pero pasé horas leyendo aquella bonita historia imaginada por una escritora moldava sobre la adolescencia, las relaciones maternofiliales y la muerte. Maravilloso.

Ya estaba preparado para una respuesta.

Hablando de relaciones maternofiliales ¿por qué no había tenido noticias de mi madre en todo el día? Miré el teléfono móvil y allí estaba: cuarenta y dos llamadas perdidas y veinte guasaps. Tuve la tentación de pasar de ella, pero cabía la posibilidad de que mandara a la policía a derribar mi puerta, o lo que es peor, se presentara ella misma. Si tuviera que escribir una historia sobre las relaciones con mi madre no sería tan hermoso como lo que acababa de leer. Más bien daría para una comedia barata. Eran ya casi las diez de la noche cuando marqué su número.

—¿Estarás contento? —dijo sin dejarme saludar— Con la que está cayendo y el señorito se permite el lujo de no contestar el teléfono en todo el día. ¿Pero tú sabes el día que hemos pasado tu padre y yo? Me ha faltado ésto, ¡ésto!, para llamar a la policía. —Mientras decía y repetía el «ésto» me la imaginaba haciendo ese pellizquito característico con el índice y el pulgar que tanto me recordaba a las pintorescas señoras de los balcones napolitanos—. ¡Soy tu madre! ¡Tu madre! que no se te olvide. Si tu madre te llama dejás todo lo que tengas entre manos y contestas al teléfono. ¿Lo has comprendido?

–¡Hola mami! –respondí en tono jovial sabiendo que eso la pondría de los nervios– ¿Qué tal el primer día de confinamiento?

–Pues mal, aquí encerrados en la casa, con tu padre viendo el fútbol todo el día. ¿Qué pasa, que a los futbolistas no los han confinado? Y encima todo el día preocupada por ti. ¿Estás bien? ¿Te has tomado la fiebre? ¿Te pica la garganta? No olvides lavarte las manos... –En verdad creo que mi madre me hizo más de cien preguntas en su «triaje» particular con el fin de descartar que yo tuviera el bicho.

–Mamá estoy bien, no tengo síntomas, pero tendré cuidado de no contagiarme. He ido a hacer la compra y he tomado todas las medidas de seguridad. No te preocupes por mí. He tomado una decisión y las cosas van a cambiar. Solo necesito tiempo y paciencia por tu parte. Todo irá mejor. Por favor, vosotros cuidaos mucho y si necesitáis algo no dudéis en llamarme. A partir de ahora estaré más atento al teléfono. Un beso para ti y otro para papá. Os quiero. –Todo esto lo dije con sinceridad. Quizás aquella historia que acababa de leer me había hecho reflexionar sobre la relación con mi madre.

–Adiós hijo, nosotros también te queremos. Llámame todos los días. Que no tenga que ser yo la que siempre lo haga –Dicho esto colgó y volvió la paz a mi vida.

La cosa con mi madre no había ido tan mal y ésto me animó a seguir trabajando en mi nueva vida. Tomé la sabia decisión de llamarla todas las mañanas a primera hora para así estar tranquilo y centrado el resto del día.

Una vez realizadas todas las tareas de preparación –el entrenamiento–, me preparé para la carrera. Después de comerme un sándwich mixto, abrí una cerveza y me planté delante del ordenador a escribir una respuesta para Ana:

Querida Ana, o Anita, porque seguro que te gusta que te llamen Anita tanto como a mí que me llamen Álex –puyita lanzada con

éxito—. Permíteme que en nuestra segunda cita recurra al «querida» como el modo más sutil del que dispongo para decirte que sí, que quiero formar parte de tu vida y, perdón por la presunción, que espero que tú quieras formar parte de la mía.

Tus palabras calaron muy hondo en mí, tanto es así, que hoy he dedicado prácticamente todo el día a reordenar mi vida y a intentar volver a ser la persona que fui antes de ese fracaso del que ya te hablaré.

Te agradecerá saber que la operación, de momento, la estoy llevando a cabo con éxito, tanto que incluso creo que he llegado a hacer las paces con mi madre. O quizás hemos llegado a un acuerdo. El caso es que parece que me ha dicho que me quiere, y ha sonado sincero.

Mi madre es insufrible. Por las películas, sé que hablar de la madre de uno en las primeras citas es algo así como de «pringado», pero como yo he hablado mal de ella, y no la he puesto en un pedestal, como hacen esos personajes que luego son abandonados, no creo que haya problemas. No te preocupes, de momento no tengo intención de presentártela.

Leyendo tus palabras me ha dado la sensación de que, a pesar de estar encerrados cada uno en su casa, te encontrabas a mi lado bromeando, contándome tus gustos y tus historias.

Me entristece mucho lo que te ha pasado, pero como me lo has pedido, no voy a compadecerme de ti. Bueno sí, claro que me voy a compadecer de ti, ¿cómo has podido sobrevivir estos años ignorando la música del gran Van Morrison? Tienes que ponerle remedio pronto: cambiará tu vida. Ayer, mientras leía una preciosa historia, escuché su último disco. Podrías empezar por ése, aunque seguro que si te pones un recopilatorio de grandes éxitos te sonarán muchas de sus canciones.

Para serte sincero, me chocó mucho eso de que tuvieras dos hijos. No por el hecho de tenerlos, que es maravilloso, sino porque ya sean independientes. ¿Tan mayores somos? ¿Cuándo pasó la vida que no nos dimos cuenta? No te lo tomes a mal, por favor, no te estoy llamando vieja, solo que he ido postergando eso de tener hijos y ahora, hablo contigo, una persona de mi misma edad (dos años no son nada), con